

¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?



Charles H. Spurgeon

El Púlpito del Tabernáculo Metropolitano

¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?

Nº 1399

Un sermón predicado por Charles Haddon Spurgeon, en El Tabernáculo Metropolitano, Newington, Londres.

“¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” (1) — Génesis 4: 9.

A qué vergonzoso extremo de insolencia había llegado Caín cuando pudo insultar al Señor Dios de esta manera. Si no estuviera registrado en la página de la inspiración, habríamos podido dudar de que un hombre hablara tan desvergonzadamente a pesar de estar plenamente consciente de que el propio Dios era su interlocutor. Los hombres blasfeman espantosamente, pero esto se debe usualmente a que olvidan a Dios e ignoran Su presencia; pero Caín estaba consciente de que Dios estaba hablándole. Le oyó preguntar: “¿Dónde está Abel tu hermano?”, y, no obstante, se atrevió a replicarle a Dios con la más descarada impertinencia: “No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” Era tanto como decir: “¿Piensas que tengo que guardarlo como él guarda de sus ovejas? ¿Acaso soy también un pastor como lo fue él, y habría de guardarlo como Abel guardaba de una oveja lisiada?”

La descarada insolencia de Caín es un indicativo del estado de su corazón que lo condujo al asesinato de su hermano; y era también una parte del resultado de haber cometido ese crimen atroz. Caín no habría procedido con ese cruel acto de derramamiento de sangre si no hubiera desechado primero el temor de Dios ni hubiera estado dispuesto a desafiar a su Hacedor. Habiendo cometido el asesinato, la influencia endurecedora del pecado en la mente de Caín debe de haber sido muy intensa, y así, finalmente, fue capaz de expresar delante de Dios lo que sentía dentro de su corazón, y de decir: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”

Esto nos explica en gran manera lo que ha intrigado a algunas personas, es decir, la asombrosa calma con la que grandes criminales enfrentan el

juicio de sus crímenes. Yo recuerdo haberme enterado de alguien que había cometido indudablemente un macabro asesinato pero que se mostraba como un hombre inocente. Enfrentó a sus acusadores tan tranquila y serenamente —según se decía— como sólo lo haría un inocente. Recuerdo haber reflexionado, cuando me contaron eso, que un hombre inocente probablemente no habría estado sereno. La turbación mental ocasionada a un hombre inocente cuando es objeto de una acusación de tal naturaleza, le habría impedido tener la entereza exhibida por aquel sujeto culpable. El hecho de que un hombre muestre un rostro de piedra cuando es acusado de un grave crimen, en lugar de ser una evidencia de inocencia, debería ser considerado por los hombres sabios como una evidencia en su contra. Es posible que quien ya ha sido tan insensible como para bañar su mano en sangre pudiera parecer desapasionado e impasible. Si estaba tan endurecido como para realizar aquel acto reprochable, no es probable que muestre más blandura cuando se le acusa de ese acto.

Oh, queridos amigos, evitemos el pecado, aunque sólo fuera por el pernicioso efecto que tiene sobre nuestras mentes. Es un veneno para el corazón. Embota a la conciencia, la droga, le provoca el sueño; intoxica el juicio y sume a todas las facultades, por así decirlo, en un estado de ebriedad a tal punto que nos hacemos capaces de una monstruosa insolencia y de una ciega impertinencia que nos vuelven lo bastante locos como para atrevernos a insultar a Dios en Su cara.

Sálvanos, oh Dios, de que nuestros corazones sean moldeados hasta asumir la dureza del acero por el pecado, y guárdanos diariamente, por Tu gracia, para que seamos sensibles y blandos delante de Ti, y temblemos a Tu palabra.

Ahora, hemos de notar aquí que mientras estamos censurando de esta manera a Caín, debemos tener cuidado de no ser culpables nosotros de eso mismo, pues si lo vemos sin ningún prejuicio, cualquier tipo de excusa que le presentemos a Dios no es sino una muestra refinada de presunción. Cuando se nos acusa de cualquier forma de culpa, si comenzamos a negarla o atenuarla, somos culpables del pecado de Caín en cuanto a insolencia delante de Dios; y cuando hay algún deber que deba cumplirse, si comenzamos a eludirlo o tratamos de hacer una apología para la

desobediencia, ¿acaso no estaríamos olvidando en presencia de Quién estamos? Dios me acusa de lo que he cometido, y ¿seré tan perverso como para intentar negarlo? Me ordena que cumpla con un deber, y ¿acaso comienzo a dudar, a cuestionar, y a preguntarme: “lo haré o no lo haré”? ¡Oh, qué descarada rebelión! La esencia de la traición acecha en cada indecisión de obedecer y mora en cada intento de atenuar nuestra falta, una vez que hemos desobedecido.

Catalogas a Caín como un monstruo porque se atrevió a confrontar a Dios; sin embargo, Dios está presente en todas partes, y todo pecado es perpetrado mientras Él lo está mirando. Contra Él pecamos y en presencia Suya hacemos el mal; y cuando comenzamos a disculparnos por el mal cometido, o dudamos de cumplir con un deber, estamos desobedeciendo en la inmediata presencia del Señor nuestro Dios. Puesto que, sin duda, hemos sido culpables de este modo, confesémoslo humildemente y pidámosle al Señor que nos dé una gran delicadeza de conciencia para que, de aquí en adelante, temamos al Señor y no nos atrevamos nunca a levantarnos para cuestionar lo que tenga que decirnos.

Exactamente lo mismo, sin duda, yace en el fondo de las objeciones levantadas en contra de las verdades de la Biblia. Hay algunas personas que no acuden a la Escritura para quitarle lo que está allí, pero viendo lo que es claramente revelado, comienzan a cuestionarlo y a juzgarlo y formulan unas conclusiones de acuerdo a sus conceptos de lo que debió haber estado allí. ‘Mas antes, oh hombre, ¿quién eres tú, para que alterques con Dios?’ Si Él lo dice, así es. Créelo. ¿No puedes entenderlo? ¿Quién eres tú para que debas entenderlo? ¿Puedes encerrar al mar en el hueco de tu mano o apresar a los vientos en tu puño? ¡Gusano del polvo, el infinito ha de estar siempre fuera de tu alcance! Siempre ha de haber en torno al glorioso Señor algo que es incomprensible, y no te corresponde a ti dudar porque no puedas entenderlo, sino que has de inclinarte humildemente delante de la terrible presencia de Aquel que te hizo, y en cuya mano está tu aliento. Que Dios nos libre de la presunción que se atreve a decir como Faraón: “¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz?”, y de la profana arrogancia que replica al Señor en el espíritu de Caín.

Ahora veamos tranquilamente lo que dijo Caín. Le preguntó al Señor: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” Que el Espíritu Santo nos guíe al considerar esta pregunta.

I. Primero, ha de notarse que EL HOMBRE NO ES GUARDA DE SU HERMANO EN ALGUNOS SENTIDOS. Hay cierto peso en lo que dijo Caín. Generalmente cada mentira lleva adherida cierta porción de verdad e incluso en la mayor irreverencia hay, usualmente, aquí o allá, algo de verdad, aunque sea penosamente torcida o distorsionada. En esta atroz pregunta de Caín hay una pequeña medida de razón. En algunos sentidos, nadie es guarda de su hermano.

Primero, por ejemplo, todo hombre debe asumir su propia responsabilidad por sus propios actos ante el Dios Todopoderoso. No es posible que un hombre transfiera sus obligaciones para con el Altísimo, de sus propios hombros a los hombros de alguien más. La obediencia a la ley de Dios ha de ser cumplida personalmente, pues, de lo contrario, el hombre se vuelve culpable. Sin importar cuán santo sea su padre o cuán justa sea su madre, él mismo habrá de estar sostenido sobre sus propios pies para responder, por sí mismo, delante del tribunal de Dios. Cada hombre que oye el Evangelio es responsable por lo que ha oído. Nadie más puede creer el Evangelio por él, o arrepentirse por él, o nacer de nuevo por él, o volverse cristiano por él. Él debe arrepentirse personalmente del pecado, debe creer personalmente en Jesucristo, debe ser convertido personalmente, y personalmente ha de vivir para el servicio y la gloria de Dios. Cada tonel ha de sostenerse sobre su propia base.

Ha habido vanos intentos de transferir la responsabilidad a un cierto orden de hombres llamados sacerdotes, o clérigos o ministros, según sea el caso; pero eso no puede hacerse. Cada individuo debe, por sí mismo, buscar al Señor, él mismo ha de poner su carga de pecado al pie de la cruz, y él mismo debe aceptar para sí a un Salvador personal. No puedes hacer con los asuntos de tu alma lo mismo que haces con los asuntos de tu patrimonio, ni puedes emplear a un sacerdote de la misma manera que contratas a un agente para que te represente.

Hay un sustituto y abogado que puede argumentar por nosotros, pero ningún patrocinator terrenal podría servir en cuanto al cielo. Dios exige el

corazón, y con el corazón debe creer el hombre para justicia, y además, debe hacerlo con su propio corazón, pues nadie puede tomar su lugar. El grandioso Rey exige un servicio personal que ha de ser prestado so pena de eterna destrucción. Ningún hombre puede ser guarda de su hermano en el sentido de tomar sobre sí las responsabilidades de otro.

Y además, nadie puede asegurar positivamente la salvación de otro, es más, ni siquiera puede tener alguna esperanza de la salvación de su amigo, en tanto que ese amigo permanezca en la incredulidad. Oh, personas inconversas, podemos orar por ustedes, podemos pedirle al Señor que las renueve por Su Espíritu, pero nosotros no podemos hacer nada con ustedes, y nuestras oraciones no serán respondidas mientras ustedes mismos no hagan una confesión de su pecado y acudan presurosamente a Cristo para su salvación. Es, sin duda, una grandísima bendición tener amigos que llevan los nombres de ustedes en sus corazones delante de Dios; oh, pero no tengan confianza alguna en las oraciones de otras personas mientras ustedes mismos permanezcan sin orar. Deberíamos estar muy agradecidos cuando otras personas oran con fe por nosotros, pero nunca seremos salvos si nosotros mismos permanecemos en la incredulidad.

Ahora, puesto que no podemos convertir a otras personas, nosotros no somos responsables de hacer aquello que no podemos hacer, y en ese sentido, no somos guardas de nuestro hermano tan plenamente como para ser responsables de que acepte o reciba a Jesús.

Y aquí permítanme decir, a continuación, que hacen muy mal quienes se comprometen mediante votos y promesas a nombre de otros en este asunto, cuando en realidad son completamente impotentes. Para mí sigue siendo siempre un enigma que no puedo explicar, excepto por la total falta de corazón y por la impiedad de esta época, que se deba encontrar hombres y mujeres que pasen al frente para prometer solemnemente a nombre de un bebé, que no se da cuenta de nada, que guardará todos los santos mandamientos de Dios y que caminará en los mismos todos los días de su vida, y que renunciará a todas las pompas y vanidades de este presente mundo malvado. No quisiera dejar de mencionar que cuando hacen una promesa así, mienten de manera sumamente atroz. Y van más lejos que eso: ustedes son culpables de perjurio delante del Dios todopoderoso. Con qué

ira ha de mirar el Señor a las personas que, en un edificio que consideran consagrado en Su honor, y en presencia de quienes visten ornamentos sagrados que tienen el propósito de distinguirlos como mensajeros especiales de Dios, se atreven a decir que harán aquello que está completamente fuera de su alcance. No pueden hacerlo y ustedes lo saben. Tal vez, ni ustedes mismos hayan renunciado a las pompas y vanidades del mundo; ciertamente ustedes no han guardado todos los santos mandamientos de Dios. ¿Cómo podrían hacerlo a nombre de otros? Si ustedes se pusieran allí, y prometieran delante de Dios que el niño crecerá hasta alcanzar un metro y ochenta centímetros de estatura, que su cabello será de color rubio y que sus ojos serán verdes, estarían tan justificados al hacer un voto así como al prometer eso que prescribe el Libro de Oración, sólo que habría un toque de lo ridículo en torno a ello; pero en esto no hay nada que yo pueda ver de lo que se pueda uno reír, sino todo que lamentar. Es triste que la mente humana sea capaz de un uso tal de palabras que se atreva a pronunciar una mentira como un acto de adoración, y que luego regrese tranquila y calmadamente a casa como si todo se hubiese hecho para agradar a Dios. No, ustedes no pueden ser guardas de otras personas. Por tanto, no se pongan en la terrible posición de prometer que lo serán.

Es apropiado decir aquí que el más denodado ministro de Cristo no debe enfatizar tanto la idea de su propia responsabilidad personal al extremo de hacerse inadecuado para su servicio debido a una mórbida visión de su posición. Si ha predicado fielmente el Evangelio y su mensaje fuera rechazado, ha de perseverar en la esperanza y no debe condenarse a sí mismo.

Yo recuerdo que hace algunos años, cuando me esforzaba por sentir la responsabilidad de las almas de los hombres sobre mí, me deprimí mucho en espíritu, y de allí surgió la tentación de renunciar a la obra por causa de la desesperanza. Yo creo que esa responsabilidad debe ser sentida debidamente, y no quiero decir ni una sola palabra para excusar a cualquiera que sea infiel; pero en mi propio caso vi que podría insistir en tensar las cuerdas de mi naturaleza hasta destruir mi poder de hacer bien, pues me volví tan infeliz que la elasticidad de mi espíritu me abandonó. Luego recordé que si hubiese presentado el Evangelio fielmente y con apremio ante ustedes, pero aun así lo rechazaran, yo no tendría nada más

que hacer al respecto excepto orar; recordé que si supliqué denodadamente al Señor que enviase una bendición, y si tratara una y otra vez de suplicar y exhortar a sus propias conciencias para que se reconcilien con Dios, y aun así fallara, no sería considerado responsable por no hacer aquello que no podía hacer, es decir, convertir los corazones de piedra en corazones de carne, o resucitar a los pecadores muertos a una nueva vida. Nuestra responsabilidad es lo bastante onerosa para que la exageremos; no somos padrinos de los hombres, y si ellos rechazaran a nuestro Salvador a quien predicamos fielmente, su sangre ha de recaer sobre sus propias cabezas.

Nuestro Señor no siempre lloró por Jerusalén; algunas veces se regocijó en espíritu: ningún pensamiento ha de ocupar con exclusividad nuestras mentes pues seríamos unos buenos para nada en la vida práctica. Nosotros no somos guardas de las almas de otros hombres en un sentido ilimitado; hay un límite para nuestra responsabilidad y es insensato permitir que una sensibilidad excesiva nos abrume hasta casi perder la razón.

Sin embargo, hay un sentido en el que somos guardas de nuestro hermano, y de eso voy a hablarles ahora. Tengan presente mi advertencia para prevenir una mala interpretación aunque no disminuirá la fuerza de lo que digo, sino que aumentará su peso, porque sentirán que he analizado el tema de una manera integral.

II. Así que ahora, en segundo lugar, SOMOS EN UN ALTO GRADO, CADA UNO DE NOSOTROS, GUARDAS DE NUESTRO HERMANO. Hemos de vernos bajo esa luz, y es un espíritu cainita el que nos impulsa a pensar de otra manera y a envolvernos en la insensibilidad y decir: “No es asunto mío cómo les vaya a los demás. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?” Debemos mantenernos alejados de ese espíritu.

Pues, primero, los sentimientos comunes de humanidad deberían conducir a cada cristiano a sentir un interés por el alma de cada individuo inconverso. Yo digo: “común humanidad” pues usamos la palabra ‘humanidad’ para significar benevolencia. Un hombre así, —decimos— no tiene sentimientos humanos. Yo no estoy muy seguro de que el sentimiento humano sea siempre tan humano como las palabras parecieran implicar. La humanidad, por allá lejos, de cualquier manera, en Rusia y en Turquía, no pareciera ser una flor digna de cultivarse, pero deberíamos orar para ser

liberados de tal humanidad. La bestia más terrible en aquellas regiones pareciera ser un hombre. ¡La humanidad en Bulgaria! Que Dios nos libre de tal humanidad. Sin embargo, yo todavía confío que la expresión entre nosotros es usada en el sentido de que la ‘común humanidad’ nos conduzca a desear la salvación de otros. Estoy seguro, mis queridos amigos, de que si vieran que un hombre perece por falta de pan, ustedes desearían compartir su mendrugo de pan con él.

¿Acaso permitirían que las almas perecieran por falta del pan de vida, sin apiadarse de ellas ni ayudarlas? Si viéramos a un pobre infeliz temblando en el frío del invierno, deberíamos estar dispuestos a dividir nuestros vestidos para vestirlo a él. ¿Acaso veremos a los pecadores carentes del manto de justicia y no estaremos ansiosos de hablarles de Aquél que puede vestirlos con un hermoso lino blanco? Cuando una persona se encuentra en peligro debido a un accidente, corremos a donde sea y hacemos lo que se requiera por si pudiéramos rescatarlo de cualquier modo; y, sin embargo, esta vida terrenal es trivial comparada con la vida eterna, y que permanezcamos siendo indiferentes cuando los hombres están pereciendo, —indiferentes a los terribles dolores que le sobrevienen a los pecadores impenitentes a lo largo de toda la eternidad— sería actuar como si toda la compasión fraternal hubiere abandonado nuestro pecho.

Cristianos, yo los exhorto, incluso sobre la base de un motivo tan bajo como éste: debido a que son humanos, y todos los hombres son sus hermanos, nacidos del mismo linaje, y morando bajo el mismo techo abovedado del mismo Padre eterno, a que se preocupen por las almas de los demás y sean, cada uno de ustedes, el guarda de su hermano.

Un segundo argumento es extraído del hecho que todos nosotros, especialmente los que somos cristianos, tenemos el poder de hacer el bien a otros. No todos tenemos la misma habilidad, pues no todos tenemos los mismos dones, o la misma posición, pero igual que la joven sirvienta que servía a la esposa de Naamán tuvo la oportunidad de comentar acerca del profeta que podría sanar a su señor, así no hay ni un solo cristiano joven aquí presente que no tenga algún poder para hacer el bien a otros. Los hijos convertidos pueden balbucear el nombre de Jesús a sus padres y bendecirlos. Todos nosotros tenemos alguna capacidad para hacer el bien.

Ahora, tomen como un axioma que el poder para hacer el bien involucra el deber de hacer el bien. Dondequiera que estén colocados, si pudieran bendecir a alguien, están obligados a hacerlo. Tener poder y no usarlo es un pecado. Al detener tu mano y no hacer aquello que eres capaz de hacer para el bien de tus semejantes, has quebrantado la ley del amor. No necesitas un llamamiento especial para hablarle a un pecador acerca de Jesús. No necesitas un llamamiento especial para acercarte a un niño y hablarle del amor del Salvador. No necesitas ninguna revelación por medio de ángeles del cielo que te diga que lo que te ha beneficiado a ti mismo beneficiará a tus semejantes. Todo tu conocimiento, toda tu experiencia, todo lo que posees que la gracia te ha dado, exige un retorno en la forma del servicio prestado a los demás. Los judíos eran la nación elegida de Dios, elegidos para guardar los oráculos de Dios para todas las naciones; pero fallaron porque nunca se preocuparon por la implicación de esas grandes verdades para los gentiles, sino que imaginaron que las habían recibido para su propio beneficio especial. El espíritu egoísta creció en ellos, de tal manera, que cuando fue mencionada la gracia de Dios para los paganos, los hizo enloquecer de ira.

Y ustedes, los que son salvos, ustedes le deben mucho a Dios, pero no piensen que son salvos únicamente para su propio beneficio especial. Es un grandioso beneficio para ustedes, pero la gracia les es otorgada como luz para que la den a otros que están en tinieblas; les es otorgada como el pan que fue dado por el Señor a Sus discípulos en el desierto para que lo repartieran entre la multitud, para que todos comieran y fueran saciados. Piensen en esto: el poder de hacer el bien involucra la responsabilidad de hacerlo en cualquier lugar en que exista el poder; y así, en tanto que tengan alguna habilidad, por ese mismo hecho son constituidos en guardas de su hermano.

Otro argumento es claramente extraído de la versión de nuestro Señor de la ley moral. ¿Cuál es el segundo y gran mandamiento de acuerdo a Él? “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Ahora, así como nos hemos amado a nosotros mismos tan bien que a través de la gracia de Dios hemos buscado y encontrado el perdón de nuestro pecado, ¿no deberíamos amar a nuestro prójimo de igual manera como para desear que conozca su pecado y busque también el arrepentimiento? Fue lo correcto que aseguráramos

nuestros más elevados intereses asiendo la vida eterna; pero si hemos de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, ¿podríamos darnos algún descanso mientras las multitudes siguen despreciando a Cristo y rechazando la salvación? No, hermanos, no hemos alcanzado la norma todavía; pero en la proporción en que comencemos a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos, sentiremos ciertamente que Dios nos ha hecho, en una medida, ser guardas de nuestro hermano.

Pero además, sin ver a las almas de otros hombres, no podemos guardar el primero de los dos grandes mandamientos en los que nuestro Señor ha resumido la ley moral. Dice así: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas”; pero es imposible que hagamos eso a menos tengamos amor por el alma de nuestro hermano, pues muy bien pregunta el apóstol: “Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto?” Es muy fácil ponerse de pie y cantar acerca de tu amor a Dios y dejar que la colecta misionera pase de largo mientras tus ojos están contemplando el cielo, pero si no te preocupas por las almas de los paganos, ¿cómo es que te importa Dios? Es muy bonito estar enamorado de Cristo y tener una dulce experiencia, o pensar que la tienes, y sin embargo, muchos pobres infelices están muriendo en Londres sin el conocimiento del Salvador, y tú puedes dejarlos morir y que se hundan en el infierno sin sentir ninguna emoción. Que Dios nos salve de una piedad así. Es algo muy bonito para mirarse, como la decoración color de oro sobre el pan de jengibre de las antiguas ferias, pero no hay nada de oro en ello. Una religión sin amor no sirve para nada. Aquél que no ama lo suficiente a su semejante como para desear su salvación, ni la tenga por meta con todo su poder, no aporta ninguna prueba de que ama a Dios en absoluto. Piensen en estas cosas y sopesen mis argumentos con objetividad.

Algo más. La razón más poderosa para el cristiano tal vez sea que todo el ejemplo de Jesucristo, a quien llamamos Maestro y Señor, apunta en la dirección de que somos el guarda de nuestro hermano; pues, ¿qué fue la vida de Jesús sino una completa abnegación? ¿Qué se dijo de Él a la hora de Su muerte, sino que: “A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar”? El simple hecho de que haya un Cristo significa que hubo Alguien que se preocupó por los demás, y que nuestro Señor se hizo hombre significa que

amó a Sus enemigos y vino aquí para rescatar a aquellos que se rebelaron en contra de Su autoridad.

Si somos egoístas, si convertimos nuestra propia ida al cielo en el único objetivo en la vida, no somos cristianos. Podríamos llamar a quien queramos Señor, pero no estaríamos siguiendo a Jesucristo. ¿Derramas unas lágrimas? Pero, ¿lloras acaso por Jerusalén? Las lágrimas por ustedes mismos son algo muy pobre si no hay nunca lágrimas derramadas por los demás. Tú oras y agonizas; pero, ¿tu dolor es alguna vez causado por soportar la carga de las almas de otras personas? De otra manera, ¿eres tú semejante a Aquél con cuyo nombre Getsemaní ha de estar vinculado siempre en nuestra memoria? Oh, aunque entregáramos nuestros cuerpos para ser quemados, pero no tuviéremos amor por la humanidad, de nada nos serviría. Podríamos adelantar un buen trecho del camino, y aparentemente llegar hasta el propio fin del camino en las cosas externas de la religión cristiana, pero si el corazón no arde nunca con un deseo de beneficiar a la humanidad, seríamos extraños todavía para la mancomunidad de la cual Jesús es la grandiosa cabeza. Estoy seguro de que es así. No estoy hablando según mi propia mente, sino según la mente de Cristo. Si Él estuviese aquí, ¿qué diría a cualquiera que se llamara a sí mismo Su discípulo, pero que nunca levantara su mano o moviera su lengua para arrebatarse al tizón de las llamas o para salvar al pecador del error de sus caminos? Debe ser así, entonces: hemos de ser los guardas de nuestros hermanos.

A continuación consideremos que somos ordenados, ciertamente, para el oficio de guarda del hermano porque hemos de rendir cuentas al respecto. Caín fue llamado a rendir cuentas. “¿Dónde está Abel tu hermano?” Quiera Dios, queridos amigos, y especialmente ustedes, jóvenes del Colegio del Pastor, que me pidieron que hablara acerca de las misiones esta noche, que puedan oír ahora al Señor hablándoles y diciéndoles: “¿Dónde está Abel tu hermano?”

Tomen primero a quienes están unidos a nosotros por los lazos de la carne, que encajan bajo el término de “hermanos”, porque nacieron de los mismos padres, o son parientes cercanos. ¿Dónde está Juan? ¿Dónde está Tomás? ¿Dónde está Enrique, tu hermano? ¿Sigue sin ser salvo? ¿Sigue sin Dios? ¿Qué has hecho por tu hermano en toda tu vida? ¿Cuánto has orado

por él? ¿Con qué frecuencia le has hablado seriamente acerca de su condición? ¿Qué medios has usado para su instrucción, para su persuasión, para su convicción?

Queridas hermanas, no he de hacerlas a un lado. ¿Dónde está su hermano? Ustedes, hermanas, ejercen un gran poder sobre sus hermanos, y más poder todavía del que tienen los hermanos. ¿Dónde, amada hermana — déjame hacerte la pregunta muy tiernamente— dónde está tu prole, dónde tu hijo, dónde tu hija? No es todo lo que pudieras desear, dices tú. Pero, ¿podrías decir que si tu amado hijo fuera a perecer tú estarías libre de su sangre?

Padre de familia, el muchacho te preocupa; ¿estás completamente limpio de haber ayudado a sembrar en él los pecados que ahora son tu tribulación? Vamos, ¿has hecho todo lo que debía hacerse? Si en el plazo de una semana tuvieras que seguir el cuerpo de tu hijo en una procesión fúnebre hasta su tumba, ¿estarías lo suficientemente limpio? ¿Muy limpio?

Parientes, los pongo juntos a todos ustedes, ¿están limpios de la sangre de sus parientes?, pues el día vendrá en que se deberá hacer la pregunta muy llanamente: “¿Dónde está Abel tu hermano?” Yo sé que no puedes evitar que tal persona viva en pecado, y que se haya vuelto un individuo incrédulo o un incorregible. No puedes evitarlo en absoluto, pero, aun así, ¿has hecho todo lo que debiste haber hecho tendiente a prevenir el pecado, conduciendo a esa alma a entrar en el camino de vida y paz?

Hago una pausa por un momento para dejar que esa solemne pregunta sea planteada ante cada uno de ustedes. Dice el proverbio: “La caridad ha de comenzar en casa”, y en verdad el amor cristiano ha de comenzar allí. ¿Están barridas nuestras propias casas? En relación a nuestros propios hijos, y siervos, y hermanos y hermanas: ¿hemos buscado, hasta donde nos hubiere sido posible, ganarlos para Cristo? Por mi parte, yo desprecio a aquel espíritu que aparta de sus hijos a una madre cristiana y que la lleva a hacer el bien en otra parte excepto en su hogar. Me da miedo el celo de aquellos que pueden dedicarse a muchos servicios pero cuyos hogares están descuidados; sin embargo, algunas veces, se da ese caso. He conocido personas muy interesadas en las siete trompetas y en los siete sellos pero que no se han preocupado por los siete queridos hijos que Dios les ha

confiado. Deja que alguien más abra la Revelación, y tú mira a tus propios muchachos. ¡Preocúpate acerca de dónde están por las noches! Y preocúpate porque tus hijas conozcan, al menos, el Evangelio; pues ciertamente hay algunos hogares en los que hay ignorancia del plan de salvación, a pesar de que los padres profesan ser cristianos. Tales cosas no deberían ser. ¿Dónde está Abel tu hermano? ¿Dónde está tu hijo? ¿Dónde está tu hija, tu hermana, tu padre, tu primo? Asegúrate de comenzar a buscar, de inmediato y denodadamente, la salvación de tus parientes.

Pero, amados, no debemos acabar allí, porque la hermandad se extiende a todos los rangos, razas y condiciones; y de conformidad a la habilidad de cada quien, será considerado responsable por las almas de otros a los que nunca vio. ¿Dónde está Abel tu hermano? Por allá, en una callejuela escondida de Londres. Está entrando justamente a la cantina. Ya está medio ebrio. ¿Has hecho algo, amigo, tendiente a recobrar a ese borracho? ¿Dónde está tu hermana? Tu hermana, la que frecuenta las calles a la medianoche. Te haces para atrás y dices: “ella no es hermana mía”. Sí, pero Dios puede requerir de tus manos su sangre, si la dejas que perezca de esa manera. ¿Has hecho algo para recobrarla? Ella tiene un corazón blando a pesar de su pecado. Ay, muchas mujeres cristianas y muchos hombres cristianos que se atraviesan en el camino de tales individuos ruines, se retraerán con una nota de fariseísmo, sacudirán el polvo de sus pies, y sentirán como si fueron contaminados por su simple presencia. Sin embargo, los cristianos deberíamos amar a los que yerran y a los pecadores, y si no lo hacemos, seremos llamados a rendir cuentas por ello. Si tenemos una oportunidad de hacer el bien, incluso a los más viles, y no la aprovecháramos, no estaremos sin culpa. Algunos de ustedes, que se enriquecen en Londres, luego se mudan para vivir directamente en los suburbios y yo no podría culparlos. ¿Por qué no habrían de hacerlo? Pero si dejan el corazón de Londres, donde está la gente trabajadora, desposeída de los medios de gracia; si están contentos de oír ustedes mismos el Evangelio y retiran su riqueza de las iglesias que están batallando en medio de los pobres, Dios les dirá algún día: “¿Dónde está Abel tu hermano?”

Comerciante citadino, ¿dónde están los pobres que te permitieron ganar tu riqueza? ¿Dónde están aquellos que después de todo fueron el hueso y el músculo que te hicieron rico, de los que huiste como si hubiesen sido

heridos por la plaga y a quienes dejaste morir en la completa ignorancia? Oh, pongan mucho cuidado, ustedes, ricos, ustedes, personas en posiciones respetables, para que la sangre de los pobres de Londres no sea demandada de sus almas en el gran día de la rendición de cuentas. Ay, pero Londres no está en todas partes, ni tampoco esta isleta de Inglaterra lo es todo. Miren si pueden a través de mar y tierra a la India, donde viven sus compañeros súbditos y, ay, mueren de hambre en esta hora. El día vendrá cuando Dios les dirá a los cristianos ingleses, “¿Dónde está el Hindú tu hermano? ¿Dónde está el Bramín tu hermano? ¿Dónde está el Sudra tu hermano?” Y ¿qué respuesta darán los hombres que deberían estar allí y que tienen la capacidad de estar allí? ¿Qué respuesta darán los ricos que deberían ayudar a enviar misioneros para allá, pero que permiten que millones de personas perezcan sin un conocimiento de Cristo y no alzan su mano para ayudarles? Y más allá, todavía, está ubicada la China. Es muy doloroso pensar en China, con sus prolíficos millones, millones que nunca han ni siquiera oído el sonido del nombre de Jesús. Su destino lo dejamos con Dios, pero aun así sabemos que ser ignorante de Dios y de Su Cristo es algo terrible; y todo hombre que posea la luz, a menos que su deber esté en casa, debería ceñir sus lomos y decir en el nombre de Dios: “No voy a tolerar que la sangre de India bañe mis vestidos ensangrentados, ni que la sangre de China derrame una maldición sobre mi cabeza”. Que el Señor conceda ver a todos los cristianos su relación para con la humanidad, y que cumplan el papel de un hermano para todas las razas.

Una cosa más sobre este llamado a rendir cuentas. Entre más necesitada, entre más pobre sea la gente, mayor es la exigencia para nosotros; pues, de acuerdo al libro de las cuentas ¿acaso necesito buscar el capítulo?; pienso que ustedes lo recuerdan, esas son las personas por las que principalmente tendremos que rendir cuentas: “Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis”. Estos sujetos susceptibles de caridad eran los más carentes y pobres de todos, y la gran pregunta en el último día es acerca de qué fue hecho por ellos. Entonces si hubiere una nación más ignorante que otra, nuestro llamado es hacia allá; y si hubiere personas más hundidas y degradadas que otras, es en lo concerniente a ellas que tendremos que rendir cuentas especiales.

Ahora, concluyo este segundo encabezado tocante a que somos realmente guardas de nuestro hermano, diciendo esto: que hay algunos de nosotros que somos guardas de nuestro hermano de manera voluntaria, pero aun así de manera muy solemne, por el oficio que desempeñamos. Nosotros somos ministros. Oh, hermanos ministros, nosotros somos guardas de nuestro hermano. “Si el atalaya no les avisara perecerán”. Esa es una terrible sentencia para mí: “Perecerán”. La siguiente no es tan terrible algunas veces para mi corazón, pero es muy temible: “Demandaré su sangre de mano del atalaya”. No pueden entrar al ministerio cristiano sin estar donde necesitarán la gracia todopoderosa para quedar libres de la sangre de las almas. Sí, y ustedes, maestros de la escuela dominical, cuando asumen la responsabilidad de enseñar a ese grupo de niños, entran en la más solemne de las responsabilidades. Podría agregar que todos ustedes que nombran el nombre de Jesús, por ese simple hecho, tienen su medida de responsabilidad, pues Cristo ha dicho, no únicamente de los ministros ni de los maestros de la escuela dominical, sino de todos: “Vosotros sois la luz del mundo”. Si no proyectan ninguna luz, ¿qué se dirá de ustedes? “Vosotros sois la sal de la tierra”; y si no hay sabor en ustedes ¿qué futuro les espera sino ser echados fuera y hollados por los hombres?

III. Mi tiempo casi se está acabando. Necesitaría mucho más tiempo, pero si dejo con ustedes estos pensamientos, me daré por satisfecho. Sin embargo, he de ocupar un poco más de espacio mientras hablo sobre el tercer encabezado, es decir, que **SERÍA UNA GRAN PRESUNCIÓN DE NUESTRA PARTE SI, DE ESTA NOCHE EN ADELANTE, ELUDIÉRAMOS LA RESPONSABILIDAD DE SER LOS GUARDAS DE NUESTRO HERMANO.**

Lo voy a poner brevemente bajo una intensa luz. Si rehusáramos cumplir lo que se nos ordena, sería negar el derecho de Dios para legislar y para exigirnos que obedezcamos la ley. Dios ha organizado la sociedad de tal manera que todo hombre que recibe la luz está obligado a proyectarla, y si declinaran ese bendito servicio, prácticamente le negarían a Dios el derecho de exigir tal servicio de ustedes. Estarían juzgando a su Juez y pretendiendo gobernar a su Dios. Eso sería un acto de alta traición.

Adviertan, además, que estarían negando todo argumento en favor de ustedes para recibir la misericordia divina, porque si no quieren otorgar misericordia a otros, y si rehúsan por completo su responsabilidad ante los demás, se colocarían en la posición de decir: “No necesito nada de nadie”, y por consiguiente, no necesitan nada de Dios. En la medida en que muestren misericordia, en esa medida la tendrán. La pregunta no es: ¿qué será del pagano si ustedes no le enseñan?; la gran pregunta es: ¿qué será de ustedes si no lo hicieran? Si permiten que mueran los pecadores, ¿qué será de ustedes? Allí está el punto. Se ponen fuera del alcance de la misericordia, puesto que ustedes mismos rehúsan concederla. Cuando doblan su rodilla en oración se maldicen a sí mismos, pues le piden a Dios que perdone sus deudas así como ustedes perdonan a sus deudores, y así, de hecho, le piden a Dios que trate con ustedes según están ustedes tratando con otros. ¿Qué misericordia, entonces, podrían esperar?

Ciertamente vemos esto también al respecto: que su acto es algo así como echarle la culpa a Dios por su propio pecado si dejan que los hombres perezcan. Cuando Caín preguntó: “¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?”, quería decir, probablemente: “Tú eres el preservador de los hombres. ¿Por qué no preservaste a Abel? Yo no soy su guarda”. Algunos ponen sobre la soberanía de Dios el peso que descansa sobre su propia indolencia. Si un alma perece sin que se le hubiere enseñado el Evangelio, no podrías echar el peso de ese hecho sobre la soberanía divina hasta que la iglesia cristiana hubiera hecho todo lo que podía para dar a conocer el Evangelio. Si hubiéremos hecho todo lo que se podía hacer, —me refiero a todos aquellos que son creyentes— y a pesar de ello perecieran algunas almas, la culpa recaería sobre esas mismas almas culpables; pero allí donde nos quedamos cortos, en ese grado somos guardas de nuestro hermano y no debemos acusar al Señor.

Y además, me parece que hay una completa ignorancia de todo el plan de salvación en aquel hombre que diga: “No voy a asumir ninguna responsabilidad acerca de los demás”, porque todo el plan de salvación está basado en la sustitución, en el cuidado de Otro por nosotros, en el sacrificio de Otro por nosotros; y el pleno espíritu de ello es la abnegación y el amor por los demás. Si tú dijeras: “no he de amar”, —bien, todo el sistema es integral y estarías renunciando a todo—. Si no quieres amar, no podrás

recibir la bendición del amor. Si no quieres amar, no puedes ser salvado por amor; y si supones que la fe cristiana te permite ser egoísta y desamorado y que, sin embargo, te lleva al cielo, cometes un error. No hay una religión así propagada por la palabra de Dios, pues la religión de Jesús enseña que puesto que Cristo nos ha amado tanto, nosotros hemos de amarnos los unos a los otros, y a amar a los impíos al punto de esforzarnos para conducirlos a los pies del Salvador. Que Dios nos conceda que estas palabras tengan un efecto saludable porque el Espíritu de Dios las aplica a sus almas.

Por último, podría resultar que si no somos guardas de nuestro hermano terminemos siendo asesinos de nuestro hermano. Les pido amablemente que consideren sus pecados antes de la conversión. Quien no hubiere cometido pecados antes de su conversión que hayan lesionado a otros, sería un hombre sumamente feliz; y hay algunas personas cuyas vidas antes de volverse a Cristo se vieron espantosamente mezcladas con la carrera de otros a quienes han dejado en hiel de amargura para perecer. He visto lágrimas amargas derramadas por hombres que han llevado vidas descarriadas, al recordar a otros con quienes han pecado. “Yo he sido perdonado; yo soy salvo”, me dijo uno de ellos una vez. “Pero, ¿qué hay de esa pobre muchacha? ¡Ay! ¡Ay!” Un hombre ha sido un infiel y ha guiado a otros a la infidelidad, y él mismo ha sido salvado pero no puede rescatar a aquellos para quienes sirvió de instructor en el ateísmo. Antes de la conversión tal vez hayas cometido muchos asesinatos de almas. ¿Acaso no debería estimularte eso a buscar ahora, de ser posible, en la medida tus posibilidades, llevar a Cristo a quienes una vez apartaste de Él, y enseñar la palabra viviente puesto que una vez enseñaste la palabra letal que arruinaba a las almas? Debería brotar de todo esto una abundante reflexión solemne. Oren pidiendo que el poder del Espíritu Santo obre por medio de ustedes para salvación de quienes por su perniciosa influencia fueron orientados al abismo.

Pero, ¿qué se dirá de nuestra conducta desde que hemos sido convertidos? ¿No habremos ayudado a asesinar almas desde entonces? Les diré que un cristiano de corazón frío hace que los mundanos piensen que el cristianismo es una mentira. ¡Cristianos inconsistentes —y los hay— es un infortunio, es una calamidad que los haya! Gente irascible, ambiciosa, personas intratables, burlonas, gruñonas, que esperamos que formen parte

del pueblo del Señor, ¿qué diremos de esas personas? Cuán poco se parecen a su Maestro; son propagadores de la muerte. Yo en verdad creo que nadie es más dañino que un profesante que a duras penas es un cristiano, o casi un cristiano, y continuamente muestra al mundo su lado malo mientras se jacta de su piedad. Ese individuo hastía al mundo con el nombre de Jesús. Hace que al mundo le repugne el nombre de Jesús. Quizás algunos de ustedes se han rebelado desde su conversión y han cometido actos que han hecho que el enemigo blasfeme el nombre de Cristo. Los exhorto por el amor de Dios a que se arrepientan de esa iniquidad. Miren lo que han hecho. Miren cómo han hecho que otros se descarrien. Oh, revisen eso de inmediato. Ustedes saben que cuando David pecó con Betsabé, se arrepintió y fue perdonado, pero nunca pudo hacer que el pobre Urías, que fue asesinado, reviviera. Urías estaba muerto. Tú pudiste haberte descarriado y dañado a un alma eternamente, pero no puedes revertir ese hecho. Aun así, si no puedes revivir al asesinado, puedes lamentarte por el crimen. Despierten, levántense, ustedes, cristianos indolentes, y pídanle al Espíritu Santo que les ayude a ser el guarda de su hermano de ahora en adelante hasta donde su poder se los permita.

¿Y no piensan que podríamos haber sido seriamente dañinos para otros al negarles el Evangelio? Si quisieras asesinar a un hombre, no necesitarías apuñalarle: mátalos de hambre. Si quisieras destruir a un hombre no necesitarías enseñarle a beber o a blasfemar: ocúltale el Evangelio. Cuando estés en su compañía nunca le digas una palabra sobre Cristo. Cuando estés donde deberías hablar pero permaneces pecadoramente silente, quién sabe cuánta sangre será colocada a tu puerta. ¿No piensas que negarle un vaso de agua fría a un hombre y dejarle morir de sed es un asesinato? Negar el Evangelio, no decir ni una sola palabra por Jesús, ¿acaso no es esto un asesinato del alma? Dios lo considera así.

“Bien” —dirá alguien— “yo no podría hablar ni predicar”. No, pero ¿oras por la conversión de otras personas? Algunas personas tienen también algún dinero confiado a ellas: no pueden ir a India o China, según he estado comentando, pero muchos otros hombres están listos para ir, y deberían ayudarles enviándolos allá. Cuento con hombres en el Colegio del Pastor listos para ir, pero no tengo ningún poder para enviarlos. La Sociedad Misionera está endeudada; no pueden enviar a las misiones a todos los que

desearían, y, sin embargo, aquí en Inglaterra hay personas con miles de libras esterlinas que nunca requerirán, y sin embargo, los paganos podrían morir y perderse antes de que se deshagan de su oro. ¿No hay ningún crimen en todo eso? ¿Acaso la voz de la sangre de tu hermano no clama a Dios desde la tierra? Yo creo que sí clama. No se espera que hagas lo que no puedes hacer, sino lo que puedes hacer; y ciertamente no puede haber ninguna pregunta acerca de un asunto como este, porque si vieras alguna vez a personas en peligro, si estuvieras en la playa y vieras que un buen barco se está hundiendo, si fueras capaz de sostener un remo, querrías estar en el bote salvavidas. No hay ni una sola mujer entre ustedes que no estuviera dispuesta a evitarle a su marido esa tarea, o prestar su mano para empujar el bote desde la costa pedregosa hasta que fuera lanzado sobre la ola. Por la vida —por la preciosa vida de nuestros semejantes— haríamos cualquier cosa; pero si creemos —como en efecto lo hacemos— que hay un mundo venidero y un infierno espantoso, y que no hay ningún otro camino de salvación excepto por medio de Jesucristo, deberíamos sentir diez veces más ardor por el rescate de las almas de los hombres, de la ira venidera.

Si algunos han de ser conmovidos por estas palabras, mi corazón se alegrará grandemente; pero si son despertados, no prometan hacer un esfuerzo con su propia fuerza, sino más bien oren a Dios por ello. Entrégate a Dios, y pide que el divino Espíritu te conduzca a los caminos de la utilidad, para que antes de que te vayas de aquí, puedas haber llevado algunas almas a Jesús; y a Su nombre será la gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.



(1) Porción de la Escritura leída antes del sermón: Génesis 4: 1-15; 1 Juan 3 [copiado más abajo]. [\[volver\]](#)

Génesis 4:1-15

Caín y Abel

1 Conoció Adán a su mujer Eva, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: Por voluntad de Jehová he adquirido varón.

2 Después dio a luz a su hermano Abel. Y Abel fue pastor de ovejas, y Caín fue labrador de la tierra.

3 Y aconteció andando el tiempo, que Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová.

4 Y Abel trajo también de los primogénitos de sus ovejas, de lo más gordo de ellas. Y miró Jehová con agrado a Abel y a su ofrenda;

5 pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya. Y se ensañó Caín en gran manera, y decayó su semblante.

6 Entonces Jehová dijo a Caín: ¿Por qué te has ensañado, y por qué ha decaído tu semblante?

7 Si bien hicieres, ¿no serás enaltecido? y si no hicieres bien, el pecado está a la puerta; con todo esto, a ti será su deseo, y tú te enseñorearás de él.

8 Y dijo Caín a su hermano Abel: Salgamos al campo. Y aconteció que estando ellos en el campo, Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató.

9 Y Jehová dijo a Caín: ¿Dónde está Abel tu hermano? Y él respondió: No sé. ¿Soy yo acaso guarda de mi hermano?

10 Y él le dijo: ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano clama a mí desde la tierra.

11 Ahora, pues, maldito seas tú de la tierra, que abrió su boca para recibir de tu mano la sangre de tu hermano.

12 Cuando labres la tierra, no te volverá a dar su fuerza; errante y extranjero serás en la tierra.

13 Y dijo Caín a Jehová: Grande es mi castigo para ser soportado.

14 He aquí me echas hoy de la tierra, y de tu presencia me esconderé, y seré errante y extranjero en la tierra; y sucederá que cualquiera que me hallare, me matará.

15 Y le respondió Jehová: Ciertamente cualquiera que matare a Caín, siete veces será castigado. Entonces Jehová puso señal en Caín, para que no lo matase cualquiera que le hallara.

1 Juan 3

Hijos de Dios

1 Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él.

2 Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es.

3 Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro.

4 Todo aquel que comete pecado, infringe también la ley; pues el pecado es infracción de la ley.

5 Y sabéis que él apareció para quitar nuestros pecados, y no hay pecado en él.

6 Todo aquel que permanece en él, no peca; todo aquel que peca, no le ha visto, ni le ha conocido.

7 Hijitos, nadie os engañe; el que hace justicia es justo, como él es justo.

8 El que practica el pecado es del diablo; porque el diablo peca desde el principio. Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo.

9 Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado, porque la simiente de Dios permanece en él; y no puede pecar, porque es nacido de Dios.

10 En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios.

11 Porque este es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros.

12 No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué causa le mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano justas.

13 Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece.

14 Nosotros sabemos que hemos pasado de muerte a vida, en que amamos a los hermanos. El que no ama a su hermano, permanece en muerte.

15 Todo aquel que aborrece a su hermano es homicida; y sabéis que ningún homicida tiene vida eterna permanente en él.

16 En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.

17 Pero el que tiene bienes de este mundo y ve a su hermano tener necesidad, y cierra contra él su corazón, ¿cómo mora el amor de Dios en él?

18 Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad.

19 Y en esto conocemos que somos de la verdad, y aseguraremos nuestros corazones delante de él;

20 pues si nuestro corazón nos reprende, mayor que nuestro corazón es Dios, y él sabe todas las cosas.

21 Amados, si nuestro corazón no nos reprende, confianza tenemos en Dios;

22 y cualquiera cosa que pidiéremos la recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de él.

23 Y este es su mandamiento: Que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos unos a otros como nos lo ha mandado.

24 Y el que guarda sus mandamientos, permanece en Dios, y Dios en él. Y en esto sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado.

Reina-Valera 1960